PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Capital.—Un mes, 50 céntimos; un semestre, 3 pesetas; un año, 5'50 ptas.

Fuere de la capital.—Un semestre, 4 pesetas; un año, 7'50.

ANUNCIOS: precios convencionales

DIRECTOR:

D. ALFONSO ROLDÁN, Abogado.—Mariano Catalina, 66, 3.º izqda.

ADMINISTRACION:

Mariano Catalina, 64, pral.

FRANQUEO.
CONCERTADO

La Razón

AÑO II

Periódico defensor de los intereses de Cuenca y su provincia

Núm. 58

Distrito Electoral de Cuenca

PARA DIPUTADOS A CORTES

Don Joaquín Fanjul Goñi

AL CUERPO ELECTORAL

El día de la lucha se acerca, y someto a vuestro juicio la forma en que se ha planteado. El tiempo demostrará a quién asiste la opinión y dará a cada cual su merecido.

Mi conducta ha sido siempre diáfana; me combate quien antes me ayudó, y, como sabéis, me apresuré hace tiempo a comentarlo públicamente.

A la hora presente, solo me toca pues mantener en la lucha, con la energía y decisión de siempre, lo que estimo mi derecho, porque lo amparan vuestro cariño y vuestros votos.

Llego a la elección pensando como pensé, y ofrezco mi proceder como honrosa ejecutoria, seguro de que todos apreciaréis que trabajé cuanto pude por el bien individual y colectivo.

Frente a los principios liberales, nacidos de funesto individualismo que ha ocasionado la exaltación de todos los apetitos, sumiendo a la sociedad en repugnante materialismo, inspirador principal de los trastornos sociales, proclamo yo, una vez más, mi convencimiento de que para los magnos problemas de dicha índole, mal calificada de lucha entre el Capital y el Trabajo, no hay más soluciones que las basadas en la moderna democracia cristiana.

Frente a la heterodoxia en boga y a sus obligadas consecuencias, sostengo como siempre la necesidad de mantener viva y vibrante la fe religiosa, por considerarla consustancial con el sentimiento tradicional del pueblo español.

Frente al movimiento devastador de las extremas izquierdas españolas, que fían en la lucha de clases, y en la revolución demográfica el advenimiento de una era política de soñado bienestar, en un ambiente igualitario, mantengo mi creencia de que la salvación de España está en una revolución patriótica que sacudiendo el alma nacional, exhume las esencias tradicionales de la raza en lo que tienen de honradas, nobles, hidalgas y cristianas, dando al traste con las ideas demoleadoras de nuestro siglo.

Soy y fui siempre enemigo de la política de conquista militar en Marruecos, y así lo exterioricé cuando la idea, no era impopular no solo porque la conquista tenía que provocar la obligada reacción de reconquista de funesto recuerdo, sino también porque la acción predominantemente militar es contraria al concepto de protectorado; pero, con el mismo convencimiento sostengo que para España es cuestión de dignidad e independencia el que en la costa norte de Marruecos no siente su planta ninguna potencia extraña.

En cuanto a responsabilidades, tema creado tanto por la pasión y la maniobra política como por imperativo de la conciencia nacional, y en las que principalmente han incurrido los hombres liberales, creo honradamente que las hay muy graves: pero que ningún partido quiere exigir las de orden político, a pesar de estar exigiéndose con rigor las de carácter militar, lo cual quedó tan confirmado en las postimerías de las pasadas Cortes como será ratificado en la aurora de las futuras.

Responsabilidades de esta índole sólo pueden exigir las a quienes en un arranque de dignidad, y el pueblo español no lo ha tenido.

Uno de los problemas más vitales y desgraciadamente en completo desconcierto, es el que afecta a la crisis porque atraviesa la agricultura, industria sosten de todas las existentes; pero no se remediará aquella interin no se aunen los esfuerzos diseminados de cuantos sufren en dispersión las consecuencias del desgobierno y de la orgía arancelaria.

La unión de los agricultores es la solución única a tan agudo mal, y yo no me he cansado de aconsejarla en el Parlamento y en la Prensa, no hallando muchas veces, eco mi voz, ni ayuda mi iniciativa.

Por el manifiesto del Comité liberal, cuya constitución todos desconocemos, habréis visto, que les ha llegado a sus miembros y proclama la hora del arrepentimiento, pues nos anuncia que su candidato

viene a acabar con el desfilfarro administrativo, con el cacicato, con la prostitución de la masa electoral por el dinero y la política inquisitorial, política que ellos han practicado siempre por modo tan magistral, que apenas si han logrado tener en la provincia discípulos que les igualen.

Supongo que conociéndonos todos, como nos conocemos, no habréis tomado eso en serio, y vale más que sea broma, por si al postergar esa política tuviese más funesta sustituta.

Por último, el candidato liberal-romanista «no quiere convertir la investidura parlamentaria en acorazado escudo de deseo y ambiciones inconfesables».

Celebrando sinceramente el caso de atavismo, os envía, con la seguridad del triunfo, la del más profundo reconocimiento y cariño.

JOAQUÍN FANJUL

Cuenca 28 abril 1923.

MIRADA RETROSPECTIVA

Con la disolución de las Cortes y la subsiguiente convocatoria de las nuevas, estamos en pleno período electoral.

Hemos de prescindir en estos momentos de todo análisis sobre la actuación pasada, de los errores gravísimos que tanto daño han producido al país. Se dice que las nuevas Cortes serán un mal remedo de las anteriores con todo su cortejo de intereses de bandería.

No lo sabemos, no queremos saberlo tampoco. A su tiempo y dentro de nuestros medios, combatimos en el Parlamento cuanto nuestra conciencia repugnó. Y siendo demasiado pública nuestra actuación, acudimos de nuevo a la lucha electoral, tranquilos, serenos, reflexivos, como cumple al interés supremo de estos instantes que tanto pueden influir en el porvenir de la patria.

Nos presentamos a nuestros electores con aquella satisfacción del deber cumplido, con la augusta serenidad de conciencia que no nos reprocha el abandono de los problemas en que por su magnitud o por su significación, podían pesar sobre el desarrollo y prosperidad nacionales y en particular sobre los de la región querida que representamos.

Nuestros adversarios no podrán levantar programa personal ni de índole política, que pudiéramos llamar particular de la región conqunense, invocando para ello nuestra ausencia, nuestro olvido o nuestra repulsa para la defensa de aquellos grandes intereses regionales.

Sin requerimientos ni apremios, ocupamos siempre el primer puesto en las avanzadas de esa lucha en defensa de lo que nos era tan grato por tratarse de nuestros electores y solamente la pasión o la mala fe podrán intentar desvirtuar nuestros esfuerzos, nuestros anhelos tan sinceramente sentidos y tan lealmente practicados.

Podríamos exponer aquí, aunque muy ligeramente, aquellas cuestiones en que nuestro candidato, el Sr. Fanjul, obtuvo cuanto podía obtenerse, no siempre con la ayuda de otros elementos a quienes el deber y el amor a la patria chica debieron hacer callar sus prejuicios y pasiones políticas.

Así la cuestión religiosa, la ferroviaria, o sea la que afecta a la sola línea que hoy une a Cuenca con Madrid y el proyecto del directo a Valencia. La tan antigua y discutida instalación del teléfono interurbano, el problema agrario, la resolución del pleito de Las Majadas, amén de aquellas otras gestiones que en interés privado de los pueblos, hubo de realizar el señor Fanjul y que culminaron en sus visitas a los hijos de Cuenca en Melilla y otros puntos de nuestra zona del protectorado.

Mejor que nosotros mismos, lo saben los pobres, las familias de aque-

llos soldaditos que agradecieron aquel cariñoso saludo y recibieron el consuelo de la visita de D. Joaquín Fanjul.

No puede extrañar a nadie y a nuestros adversarios políticos mucho menos, que en este período de lucha, tratemos de exponer públicamente la honrada actuación del diputado por Cuenca y su distrito.

Los electores con su voto darán a cada uno lo que crean que pueden darle. Pero sea el que fuere el resultado electoral, podremos siempre caminar con la cabeza erguida, mirando al cielo, sin que puedan empañar la serenidad de nuestros ojos, las nubes de una bastarda concepción del ideal, ni entorpezcan nuestro caminar por la senda del deber, los obstáculos de la pasión política.

Guardaremos como hemos guardado en toda ocasión el mayor respeto a nuestros adversarios políticos siempre que nos combatan en el terreno de las ideas noble, lealmente, como preconizamos las nuestras y dentro de los dictados de la más exquisita corrección y caballerosidad.

¿Programas? No los necesitan nuestros electores que nos conocen bien. Nuestro programa es el suyo, el que ellos nos dictan en cada momento y que por obedecer a la íntima penetración que ha existido, existe y existirá entre ellos y nosotros, no puede ser contrario a la idea fundamental, a la doctrina-base de nuestra representación. Cumplimos sus mandatos contrastados siempre con la propia convicción, pues ni ellos nos pidieron nunca nada que fuera contra nuestro ideario, ni nosotros podíamos defender y proponer mucho menos, nada que se opusiese a los intereses generales del país ni a los particulares de la región.

Ellos y nosotros hemos aspirado siempre a la grandeza y al desenvolvimiento de los problemas que afectan a la patria chica, como vínculo, nexo indispensable para el engrandecimiento y prosperidad de la patria grande, una e indivisible.

Para dirigirnos al pueblo conqunense, no necesitamos adornarnos con el traje de Arlequin donde solo predominan las notas colorinescas mal encubierta la urdimbre del tejido cuya trama sobradamente basta, observan a estas fechas hasta los más miopes en materia política.

No necesitamos entonar cantos de entusiasmo por la Libertad. Somos progresivos y las ideas democráticas fluyen en nuestra conducta espontáneamente, sin marchas de Cádiz ni himnos de Riego a los que tienen que apelar los que poco seguros de la robustez de su significación ante el pueblo, intentan deslumbrar sus ojos con las sofismas de un rojo subido y con los sonos estruendosos que aturden los oídos y no permiten al entendimiento la serena reflexión.

El pueblo conqunense nos conoce y

no necesitamos hacerle la ofensa de suponer que otorga sus votos inconscientemente. No intentaremos pues, nuevas definiciones ni aparatosas demandas. Confiados en que nos hará justicia, pese a las maniobras de nuestros enemigos, sólo decimos: Pueblo de Cuenca, el que hasta aquí fué tu diputado, se considerará honrado si de nuevo lo es, y puedes estar seguro de que nunca, por nada ni por nadie, te abandonará.

¡Menos democracia y más eficacia!

Este es el grito angustioso que surge hoy de todos los pueblos de España, de todos los pechos nobles que aun guardan corazones de oro viejo en los cuales late vigoroso el sentimiento augusto del amor a España. Estamos hartos de sufrir las consecuencias dolorosas que han traído a nuestra patria las populacheras democráticas del siglo XIX y las tan cacareadas conquistas del pueblo. Nosotros creíamos que el Sr. Sierra sabía esto. Nunca pudimos sospechar que su desconocimiento del sentir popular llegase hasta el extremo de ignorar que España—¡qué significa, ni representa el partido reformista!—España entera desdén la farsa del sufragio, conoce la ineficacia absoluta del Parlamento y pide la supresión del Jurado por inmoral y anarquizante. ¿No es esto verdad? ¿No lo oímos en todos los labios todos los días?

Bueno; pues ahí tienen u fedes al reformismo—que debió empezar por reformarse él y no acudir a los procedimientos electoreros siempre vergonzosos a que han acudido—ahí le tienen meliflúo y candoroso creyendo que todavía producen efecto las promesas de panaceas democráticas.

No, Sr. Sierra, no solamente no queremos más, sino que vemos la salvación de España en la supresión de muchas constituciones populacheras, de bastantes derechos regados ciegame a voleo y usados de una manera absurda y pernicioso por los más. Estamos convencidos de que la intervención de todos—buenos y malos, cultos y salvajes—en la gobernación del Estado y con iguales derechos es una equivocación de la Humanidad, tan funesta, por lo menos, como la que sostenía el derecho absoluto y divino de los reyes.

Y quien desconoce esto, que es la médula de sentir español, y pretende con gobiernos todavía con programas políticos que no tienen de estimable más que la sonoridad de las quedades, está incapacitado, en absoluto, para representar a quienes sostienen un criterio tan distinto al suyo.

Por eso, lo que han dado en llamar el partido reformista, está constituido por un grupo de señores que cabe sin dificultad en el despacho de su jefe.

Amigo Fanjul: El distrito de Cuenca se ríe de las estridencias ridículas de esos... equivocados—es lo más piadoso que se me ocurre—y una vez más le apoyará a usted con una casi unánime manifestación de adhesión. Sabe que usted representa el ideal más vigoroso de ciudadanía que se ha formulado en España en estos últimos años, levantando llenas de entusiasmo a las gentes de buena voluntad, ese entusiasmo que usted ha tenido ocasión de admirar en las dos pasadas legislaturas y del que aún podrían certificar quienes por entonces fueron delegados gubernativos o agentes electoreros contrarios. En el tiempo que ha convivido entre nosotros sabemos que ha sido usted un incansable defensor de las cosas de Cuenca, que ha vivido en contacto con sus electores, que ha recorrido frecuentemente sus campos y sus pue-